

PRIMEROS ENCUENTROS ENTRE ESPANA Y JAPON

著者名(英)	Angel J. Bravo
journal or publication title	The journal of Kanda University of International Studies
volume	26
page range	35-67
year	2014-03
URL	http://id.nii.ac.jp/1092/00001107/

PRIMEROS ENCUENTROS ENTRE ESPAÑA Y JAPÓN

Ángel J. Bravo

日本とスペインの最初の出会

日本とポルトガル・スペインの関係のほぼ百年を要約することは極めて困難である。この最初の関係は、出会いというより、本当の異文化衝突であった。イベリア人たちは、日本で役に立たないカトリックの無駄な布教活動に取りつかれた。反対に、日本人はよそものの南蛮人の貿易と技術の利点だけに興味をもった。日本とイベリア半島の国は、完全に異なる考えと目標を持っていた。その結果は殉教と江戸幕府の鎖国政策であった。日本がポルトガルとスペインに対して鎖国する以前に、すでに二千人以上の殉教者がいた。これらの殉教者の中で最も悲劇的な人物のひとりがルイス・ソテロ師である。ソテロはサン・ファン・バウティスタ号の建設を成し遂げることに力となった人物であった。彼は、またメキシコ、スペイン、ローマへ、支倉常長の使節団が派遣されることに尽力した人物であった。日本に二度目に帰国した後、ルイス・ソテロは1624年に火刑により殉教した。

I ENCUENTROS Y DESENCUENTROS

Este trabajo lleva como título: *Primeros encuentros hispano-nipones*; y si bien, cuando nos topamos con alguien que desconocemos, debemos hablar de: *encuentro*; no obstante, por el giro que posteriormente tomaron las relaciones de lusitanos e

hispanos con los japoneses, creo que sería mejor calificarlas con su antónimo de: *desencuentro*.

¿Por qué considero más acertado catalogar las relaciones hispano-lusas con Japón de *desencuentro* que de *encuentro*? Porque indudablemente, el *encontrarse* con alguien significa que compartimos un cierto número —aunque éste sea muy limitado— de ideas, sentimientos y objetivos comunes. *Encontrarse* es un cuasi-sinónimo de: *compartir*. Con quien yo no tengo nada en absoluto que *compartir*, es decir: *partir-juntos*, no tengo ningún *encuentro*. Esto es lo que me sucede con la multitud que pasa a mi lado en la calle, que al no tener nada que *com-partir* con ellos, no llegan a ser para mí ni siquiera *personas*, y quedan reducidas a lo anónimo de: *muchedumbre*. Hispanos, lusos y japoneses sin lugar a dudas: *se encontraron*, pero al final de menos de una centuria de conflictivas relaciones (1541-1635), se dieron cuenta de que no tenían nada para *compartir*; y los últimos, más expeditivos y categóricos que los ibéricos, decidieron dar por terminado el supuesto: *encuentro*. En 1612, 徳川家康 Tokugawa Ieyasu (1543-1616) firmó: el *Decreto de Expulsión de los Cristianos*. Y, en 1635, el tercer Shogun, 徳川家光 Tokugawa Iemitsu (1604-1651), nieto de Tokugawa Ieyasu, promulgó el *Edicto de Exclusión* que castigaba con la pena capital a los extranjeros que tuvieran el desvarío de pisar *el santo territorio* japonés, así como también se castigaba con la misma pena a los naturales que mantuvieran relaciones de cualquier tipo con extranjeros.

Este *Edicto de Exclusión*, ciento setenta años más tarde, recibiría el nombre de: *Sakoku* (鎖国), —el primer kanji significa: *cadena*, y el segundo: *país*, con lo cual habría que traducirlo como: *País-encadenado*—. Pero este término de connotaciones peyorativas lo impuso el astrónomo japonés 志筑忠雄 Shizuki Tadao en 1801, en su: *Sakokuron* (鎖国論), cuando ya el Shogunato Tokugawa, o con su nombre original en japonés, el: *Edo Bakufu* (江戸幕府) comenzaba a desmoronarse.

PRIMEROS ENCUENTROS ENTRE ESPAÑA Y JAPÓN

He dicho que, a las relaciones luso-hispano-japonesas mejor les cae el epígrafe de *desencuentro* que de *encuentro*, porque las miras de unos y otros eran diametralmente opuestas. El principal objetivo y apetencia de los españoles —en mayor medida que los portugueses— ha sido hasta hace poco, el ser la Reserva espiritual; el acarrear contra viento y marea el mayor número de almas a la verdadera fe, al verdadero Dios y finalmente al Paraíso. Sambenito que sin duda hemos adquirido por haber estado ocho siglos revolcándonos con semitas, ya sean de pelaje hebraico o musulmán. El pueblo japonés, amarrado milenariamente a lo concreto y palpable, y con un recelo inveterado a todo lo que huele a: *no-japonés*, fue completamente insensible a las utópicas obsesiones redentoras, evangélicas y escatológicas de lusos e hispanos.

Durante esos justos noventa y cuatro años que transcurrieron, desde la llegada del primer portugués a las costas japonesas en 1541, hasta que en 1635 Tokugawa Iemitsu aprobó el *Edicto de Exclusión*, ese recelo estuvo coartado y contenido —en muy limitada medida— por las supuestas ventajas técnicas y económicas que los japoneses suponían que les iban a traer esos hombres insólitos y extraños que venían desde los confines de un mundo que ellos no podían ni siquiera imaginar, sobre grandes casas flotantes y con armas mágicas e inverosímiles.

Si leemos con atención los hechos de este primer siglo de *encuentros*, lo que venció la suspicacia ingénita de los japoneses hacia estos forastero grotescos, y les hizo tolerar que los pies de los zafios *nanban* (南蛮) (salvajes sureños) pisaran el *Sagrado territorio japonés*, no fue, por supuesto, la avidez de escuchar el manantial salvador de la Palabra divina en una jerigonza para la cual los japoneses eran completamente sordos —no sólo de oído sino también de espíritu—, sino la sed por conocer el asombro tecnológico de los arcabuces y espingardas, de los sextantes y astrolabios, de los relojes de ruedas que —con su movimiento incesante— podían medir lo inasible del tiempo, de los catalejos, de las construcciones navieras, de

la fabricación de cristales y botellas, de los espejos azogados, de los brocados, de la producción de jabón y tabaco, etc. Estos casi cien años de *encuentros* han sido denominado en la Historia japonesa, no como la época de la Revelación o de la Luz divina, sino con el irreverente y explícito epitafio de: *Nanban boeki* (南蛮貿易), que traducido al idioma que escribo, sería: *Comercio con los Salvajes sureños*. Este epíteto de: *salvaje sureño* fue usado al principio tanto para designar a portugueses como españoles; posteriormente también se le aplicó a holandeses e ingleses. Al final, quedamos hispanos y lusos con el único derecho a ostentar el calificativo de: *salvajes*, ya que holandeses e ingleses tuvieron que cargar con el burlón remoquete de: *komo* (紅毛), es decir: *pelo rojo*.

A los prodigios de las nuevas tecnologías, hay que agregar como ítem de no menor relieve e importancia, las posibilidades comerciales que los japoneses tuvieron de acceder —a través de portugueses y españoles— a los exquisitos artículos de producción china, a los que la nobleza nipona se había hecho tan afecta. El comercio de Japón con China y Corea fue cerrado a los barcos japoneses a causa de la brutal y desenfrenada piratería de los *wako* (和寇) (bandidos del país de Wa, es decir: Japón) en las costas del Mar de China. En 1513, el undécimo Emperador Míng, Zhengde no tuvo otra opción que cortar de raíz todas las relaciones mercantiles con los japoneses. Al punto que, cualquier junco que llegara de Japón a las costas chinas, aunque fuera de honestos y bien intencionados comerciantes, su tripulación era apresada y condenada a muerte de forma expeditiva e irrevocable. Teniendo las cosas este cariz, fue evidente que ningún mercader japonés codiciara aventurarse a visitar los puertos chinos. Por consiguiente, fueron los portugueses a través de su colonia en Macao, gracias a la cual tenían un acceso irrestricto a los centros de producción de artículos chinos como: porcelanas y tejidos de seda —estas manufacturas fueron un verdadero filón de oro— que cogieron al vuelo las ventajas

PRIMEROS ENCUENTROS ENTRE ESPAÑA Y JAPÓN

que este comercio les iba a reportar. Por ende, podemos afirmar que la avidez por hacerse con los conocimientos tecnológicos europeos y continuar comerciando con China, a través de los rústicos *nanban*, fueron las principales razones por las que las autoridades japonesas toleraron la presencia de los *salvajes sureños* en su suelo. Cuando éstos se obstinaron en empujarlos contra su voluntad a la supuesta salvación y al Paraíso —por medio de una caterva de jesuitas y desarrapados frailes— se negaron. Asimismo, en el momento que portugueses y españoles se percataron de que el alumno les iba a salir en exceso aplicado, y la tecnología que le enseñaran volverse en su contra, se mostraron reacios a partir y compartir sus secretos. Coincidentemente, el interés por los artículos de lujo de procedencia china disminuyó en atractivo, principalmente a causa de la pobreza generalizada durante los últimos años de la Época de las Guerras Civiles: *Sengoku jidai*, (戦国時代) (1467-1573); y también porque los artesanos nipones habían llegado a producir porcelanas y tejidos de seda que estaban a la misma altura de calidad que los de procedencia china. Ante este estado de cosas, no es sorprendente que las autoridades niponas hayan considerado la presencia portuguesa y española como una espina clavada dolorosamente en su tejido social, y de forma expeditiva y contundente, se la arrancaron.

II SINOPSIS HISTÓRICA DE LA LLEGADA DE LOS EUROPEOS A JAPÓN

Los portugueses tienen la gloria de ser los primeros europeos en llegar a Japón. La mítica Cipango de Marco Polo —que describió pero que ni vio ni pisó— se puede decir que fue el último territorio de envergadura cultural e histórica que se reveló al esfuerzo descubridor de castellanos y lusitanos. Creo que, con el hallazgo de Japón en 1541, la época de los grandes descubrimientos quedó —en gran medida— concluida. Con la salvedad de Australia y Nueva Zelanda que serían añadidas a

la Geografía Universal cien años más tarde, cuando en 1642, el neerlandés Abel Tasman descubra Nueva Zelandia, y la isla que lleva su nombre: Tasmania.

El denuedo explorador y descubridor de los portugueses preluvió en el año 1415 con la conquista de Ceuta y tiene su epitafio en 1541 con su *descubrimiento* del Japón. La posesión de Ceuta abrió a los lusitanos las puertas del norte de África y, posteriormente, motivados por el acicate de la aventura y la fortuna fueron avanzando hacia el sur, hasta ser los primeros en definir con exactitud la misteriosa forma del Continente Negro. Hallando en su camino, además de pueblos y formas de vida sorprendentes, dos respuestas muy importantes: una, que los seres humanos podían cruzar la línea ecuatorial sin morir abrasados; y la segunda, que África—que parecía extenderse hacia el sur sin un fin previsible— lo tenía. Y llamaron a ese punto final consoladoramente: Cabo de Buena Esperanza.

Avanzando por el Atlántico, los portugueses añadieron a su Corona, en 1424: Madeira. En 1427 descubrieron las Azores. En 1444, Dinis Dias encontró las Islas de Cabo Verde, importante punto de referencia para el ulterior dominio del Océano Atlántico y el descubrimiento de Brasil. En el año 1460, el navegante Pêro de Sintra llegó a Sierra Leona. En 1471, los lusitanos estaban ya en las costas del golfo de Guinea. En el año 1473, Lopo Gonçaves cruzó el Ecuador y sobrevivió, cosa que hasta ese momento se había considerado como algo impracticable a causa de que se creía que, en esta zona, el calor acababa con toda forma de vida.

En 1479, se firmó el Tratado de Alcáçovas en la que Portugal reconoció el dominio de Castilla sobre las Islas Canarias, a la vez que los castellanos concedían a los portugueses el dominio de todas las islas existentes en el Atlántico como así también la posesión indiscutida de las costas africanas.

En el año 1487, Bartolomeu Dias coronó su expedición por África con el hallazgo del punto más austral de este continente, el Cabo de Buena Esperanza. Dias había

PRIMEROS ENCUENTROS ENTRE ESPAÑA Y JAPÓN

abierto el camino a la fabulosa India, a China y a las Molucas (Islas Célebes, Timor, Flores, Sumba, Bali, etc.) tierras de las especias: de la canela y la pimienta, la nuez moscada, el clavo y el almizcle. Haciendo posible por otra vía reduplicar el viaje de Marco Polo al legendario Oriente.

En el momento que Dias llegó al Cabo de Buena Esperanza, los castellanos llevaban más de sesenta años de retraso con respecto a los portugueses. La conquista del Reino Nazarí de Granada los había obnubilado de tal forma que apenas les permitía ver lo que estaba en juego en el Atlántico. Los aragoneses estaban principalmente enfrascados en mantener sus posesiones mediterráneas, trabajando a tiempo parcial en consolidar la Reconquista de la Península. Las venturosas promesas atlánticas estaban muy lejos de sus oídos. Los catalanes, por su parte, ni estaban interesados en expulsar de España el residuo musulmán granadino y, mucho menos, en ilusorias empresas oceánicas. Los catalanes han sido un pueblo abocado exclusivamente a sus intereses, y si estos han sido tangibles y contables, mejor. Lo único que moderadamente les quitaba el sueño era emular en el comercio mediterráneo a genoveses y venecianos, asunto que por otra parte les resultó imposible. Los vascos, encerrados en sus tradiciones y montañas seculares todavía no habían aprendido a navegar en mares altos, cosa que harían ulteriormente de la mano de portugueses y castellanos. Y, finalmente, los gallegos. La apatía gallega ante las tentaciones atlánticas me resulta absolutamente incomprensible. Más si tenemos en cuenta que comparten con los portugueses no sólo la lengua sino una infinidad de actitudes y respuestas vitales similares. Aunque desde el principio de la historia han tenido sus ojos atados al Océano Atlántico, nada los motivó para emular a sus parientes del sur. Y no podemos decir que los gallegos no hayan sido un pueblo mariner, porque lo ha sido. Pero esta actitud gallega nos revela que son dos cosas muy distintas: la marinería de la pesca y la marinería aventurera y descubridora. La

marinería descubridora se gesta cuando los hombres saben soñar en grande y han perdido totalmente, antes de desplegar las velas al viento, el temor a los zarpazos y celadas marinas. Esta inercia de los gallegos siempre me ha dejado perplejo. Algo parecido puede decirse en cuanto a la Reconquista que, aunque estuvieron presentes, su participación no fue plenamente visibles en el esfuerzo castellano por expulsar el credo de Mahoma de la Península.

En fin, todo lo que esa informe y en ciernes España había obtenido de los frutos atlánticos —hasta el momento del golpe de suerte del año 1492— había sido la mediocre recompensa de las Canarias. Fue el inesperado y poco verosímil envite colombino, lo que abrió a los españoles las puertas de un protagonismo marinerío y descubridor que parecían tener ya irremisiblemente perdido. Un insólito toque de vara de la diosa Fortuna —como no creo que haya otro en la Historia— nos abrió los tesoros de infinidad de tierras ricas y mágicas. El 3 de agosto de 1492, cuando don Cristóbal Colón zarpó del Puerto de Palos, los españoles éramos un pueblo que parecía estar irremisiblemente condenado a la noche de la Historia. El día 12 de octubre de ese mismo año, setenta días más tarde, pasamos a ser los protagonistas.

En el año de 1479, los portugueses concedieron a los castellanos las migajas de las Canarias, como una forma de retribución y consuelo para que éstos aceptaran el indiscutido dominio lusitano sobre todo el África y el Atlántico. Solamente quince años más tarde, en 1494, Juan II de Portugal tuvo que firmar con Isabel y Fernando —en territorio hispano— el controvertido *Tratado de Tordesillas*, en el que ambas naciones peninsulares se repartían graciosamente el globo terraqueo. El Oriente para Portugal y el Occidente para España. La imaginaria línea estaba delimitada por un meridiano que caía a 370 leguas¹ de las Islas de Cabo Verde. Los portugueses,

¹ Una legua marina equivale a 1/20 parte de un grado terrestre, es decir a 5.555 metros, o 5,55 km. Un grado tiene 111,10 km. Esto quiere decir que, la *Línea de Tordesillas* caía a 2.053 km de las Islas de Cabo Verde, con lo que Portugal se adjudicó el derecho de poner el pie en América.

PRIMEROS ENCUENTROS ENTRE ESPAÑA Y JAPÓN

mejores conocedores que los castellanos de las dimensiones terrestres, impusieron las 370 leguas marinas que la simpleza y el desconocimiento nos hizo aceptar sin rechistar.

Constreñidos los lusitanos por el inesperado hallazgo hispano, se dedicaron con denuedo en llegar a la legendaria India. En junio del año 1497, partió de Portugal la armada de Vasco da Gama, quien se impuso la empresa —hasta ese momento casi imposible— de llegar al subcontinente hindú circunvalando África. Será un largo y agotador periplo de casi un año. En mayo del año 1498, Vasco da Gama llegó a Calicut —en el actual estado de Kerala (antigua Malabar) —, proeza que pudo materializarse gracias a la constancia, el esfuerzo y los formidables sufrimientos que afrontaron da Gama y su tripulación. Aunque la gesta de Vasco da Gama no fue menos brillante que la colombina —e incluso podría decirse que fue más denodada, larga y tediosa— sus frutos no llegaron a deslumbrar la imaginación como ocurrió con el hallazgo del Continente americano. Sin embargo, la epopeya de Vasco da Gama encontró en la pluma de Luís de Camões —el mayor poeta lusitano— el bardo que dejaría su andadura para la eternidad en las páginas de: *Os Lusíadas*. La gesta colombina no tuvo nunca la dicha de hallar un escritor que dejara grabada en la literatura su memorable hazaña, como la tuvieron: Marco Polo —por su propia mano— y Vasco da Gama por la de Camões.

En el año 1500, Pedro Álvares Cabral fue nombrado Capitán General de la segunda expedición a la India. Sin embargo, con aguda perspicacia, a la altura de las Islas de Cabo Verde se desvió de su ruta y puso rumbo al Oeste con la intención de hallar qué islas o tierra firme había en el radio de las 370 leguas marinas (2.055 km), que los Reyes Católicos habían concedido a Juan II en el Tratado de Tordesillas. Cabral descubrió una tierra que primero llamó: *Isla de Vera Cruz*, luego: *Tierra de Santa Cruz* y que finalmente se quedó con el nombre más lacónico de: *Brasil*. El

descubrimiento de Brasil marca la hora culmen para Portugal. Porque todos los otros logros anteriores —que fueron muchos y fructíferos— de una u otra forma fueron decolorándose en las aguas corrosivas de la Historia. Después del feliz hallazgo de la Tierra brasiliense, Álvares Cabral prosiguió su viaje hacia el Subcontinente hindú, donde llegó en 1501. Al año siguiente, en 1502, estableció el puesto comercial de Cochín, en el extremo sur de la India. En abril de 1511, el segundo Virrey de la India, Alfonso de Albuquerque (1453-1515) zarpó de Goa al mando de una fuerza de dieciocho navíos y 1.200 hombres, llegando poco más tarde a Malaca, en la parte meridional de esta Península, lugar ventajosamente estratégico ya que esta Ciudad es la llave que controla el importante estrecho de su mismo nombre.

En mayo de 1513, Albuquerque envió desde Malaca a Jorge Álvares para que estableciera los primeros contactos con la milenaria China. Álvares llegó a la Isla de Lintín, en el delta del Río de las Perlas, y tomó posesión en nombre de su rey, siendo así el primer europeo en llegar al Imperio chino por el Océano Índico. En 1517, Fernão Pires de Andrade logró establecer en Canton los primeros contactos comerciales. No será hasta el año 1557, que Leonel de Sousa logre la concesión del puerto de Macao de las autoridades Ming. Los 40 años que transcurren entre 1517 y 1557 están sembrados de innumerables enfrentamientos y conflictos entre chinos y lusos. Éstos, ya dueños de Macao, comenzaron a construir una sólida muralla que avalaría la presencia lusa en China hasta 1999, casi 450 años. Macao no sólo se convirtió en el puerto de referencia para comerciantes portugueses, chinos, japoneses y malayos, sino que fue asimismo la puerta por donde el cristianismo entró en Asia.

Corría marzo del año 1521, cuando los españoles —navegando por el Poniente— llegaron a Filipinas. Había bastado el exiguo espacio de 29 años —el que va desde el descubrimiento por Colón de las Indias Occidentales, en 1492 hasta esa fecha— para que llegáramos hasta las antípodas y nos volviéramos a ver las caras con nuestros

PRIMEROS ENCUENTROS ENTRE ESPAÑA Y JAPÓN

mal avenidos vecinos peninsulares. Un periplo que a los portugueses les había insumido algo más de cien años (1415-1517). Fernando de Magallanes o *Fernão de Magalhães* (1480-1521), marino luso, como Adelantado y Capitán General de la *Armada para el descubrimiento de la especería* estuvo al mando de la expedición más audaz que el ser humano había emprendido hasta ese momento. Magallanes salió de Sevilla el 10 de agosto de 1519. El 1 de noviembre de 1520 descubrió el estrecho que lleva su nombre, siendo el primero en pasar del Atlántico al mar que él denominó: *Pacífico*, por haber estado insólitamente calmo durante los tres meses que duró la travesía hasta las islas de las Molucas, donde llegó en abril de 1521. Proeza comparable a la que había realizado Vasco da Gama al llegar a la India.

Llegado este momento, conviene hacer algunas reflexiones sobre cuáles fueron las razones que posibilitaron a los españoles recorrer en un plazo de apenas veintinueve años (1492-1521) un trayectoria que a los lusitanos les insumió casi cien. Y no porque los portugueses fuesen peores marinos que los españoles o tuvieran gente menos capaz al mando de su flota. Todo lo contrario. En el siglo XV, XVI y XVII ellos constituían el culmen de la navegación en alta mar. No obstante, la carencia que España tenía de navegantes ilustres —cuando se lanzó a la epopeya descubridora—, la suplió sagazmente internacionalizando sus actividades marineras. A diferencia de Portugal, cuyas empresas exploradoras estuvieron exclusivamente en manos portuguesas; las autoridades hispanas aceptaron —en el mismo pie de igualdad que los españoles— a genoveses, venecianos, portugueses e incluso franceses, con la única condición de que fueran verdaderos cristianos, es decir, católicos. En la aventura descubridora hispana la creencia religiosa fue la condición excluyente y, de ninguna manera, la nacionalidad o el origen de la persona.

Esta liberalidad internacionalista con que los españoles hicieron partícipes a hombres de otras nacionalidades es —según mi opinión— la clave de la pujante

campaña de descubrimientos que, en menos de cincuenta años, permitió a España hacerse semi dueña del mundo. Sospecho también que, este internacionalismo tiene sus raíces más en el temperamento castellano que en la idiosincrasia de los otros pueblos que forman España. Esta actitud integradora de la gesta exploradora hispana, durante los siglos XVI, XVII y XVIII, ha sido ignorada —por desidia o a propósito— tanto por nuestros propios investigadores como por los foráneos. Puede afirmarse que, desde que el Imperio romano dejó de existir, no hubo otra nación en Europa que internacionalizara una empresa nacional al grado que España lo hizo.

Los proyectos descubridores de ingleses, holandeses, franceses y portugueses estuvieron, sin excepción, en manos de individuos de estas mismas nacionalidades.

III APERTURA DE JAPÓN A EUROPA

En especial, en lo concerniente a Japón juzgo más adecuada la palabra: *apertura* que *descubrimiento*. Ya que *descubrir* significa básicamente quitar el velo que cubre u oculta algo a nuestros ojos. En el acto del *descubrimiento* existen dos partes. La parte descubridora y la parte descubierta. Si en uno y otro lado están presentes seres humanos, es indiscutible que la parte descubierta queda rebajada a la naturaleza insensible y cazurra de la piedra. Por lo que considero, que únicamente pueden adjudicarse el venerable título de *descubridores*, aquellos hombres que pisaron por primera vez la tierra virgen que habrían de hacer suya.

Parece que tenemos que atribuir la gloria de ser el primer europeo en abrir el País del Sol Naciente a los ojos de los europeos, a un portugués que llevaba por nombre Fernão Mendes Pinto (1509-1583). Y digo: *parece*, porque este es asunto hasta hoy día inmerso en la bruma de lo discutible. Fue Mendes Pinto hombre de nacimiento oscuro, de inteligencia notable, sin miedo pero con muchas tachas, soldado de fortuna, mercader de oficio que sabía conciliar esta labor con la de

PRIMEROS ENCUENTROS ENTRE ESPAÑA Y JAPÓN

pirata, aventurero por antonomasia, pecador recalcitrante pero amigo de santos. Hombre que en su vejez se sintió inspirado por la musa literaria y escribió un libro: *Perigrinação (Peregrinación)*, en donde afirma haber sido el primero en llegar a la Cipango de Marco Polo. Según otras fuentes, fueron tres portugueses: Antonio da Mota, Francisco Zeimoto y Antonio Peixoto los que con similares peripecias a las de Mendes Pinto —es decir, de la mano y voluntad de esos terribles tifones que asolan esta zona del Mar de China— llegaron accidentalmente a Japón. Lo que sí está cabalmente comprobado, es que fue Fernão Mendes Pinto quien, en su tercer viaje, trajo a un insigne tripulante que daría esplendor y brillo a los primeo contactos de los portugueses con los japoneses: el español San Francisco Javier (1506-1552)

Mendes Pinto salió de Portugal hacia la India en 1537, y ese mismo año llegó a Diu, fuerte portugués al norte de Bombay. Posteriormente se dedicó al oficio de comerciante en las costas africanas del Índico. Fue capturado y hecho esclavo. Vendido a unos y vuelto a vender a otros. Después de novelescas peripecias fue rescatado por sus compatriotas con un coste para la Corona portuguesa de 300 ducados. En el año 1539, encontramos a Mendes Pinto en Malaca, oficiando de *embajador* del Capitán General de esta ciudad con los príncipes de Sumatra, Borneo y otros. Al mismo tiempo que conducía sus tareas diplomáticas, se dedicaba a mercar todo lo que caía a su paso, con mejores frutos y dividendos que los obtenidos con sus labores oficiales.

Puede ser que esa *apertura* del País del Sol Naciente a los ojos europeos sucediera en 1541, o en 1542, o en 1543. Pinto, en su obra *Perigrinação*, sufre de amnesia y confunde fechas. Corría uno de esos años, quizá el más factible sea el de 1542, cuando Mendes Pinto *descubrió* Japón. Dos años antes, él había partido de Malaca con un cargamento de mercancías que llevaba para vender en Siam (Tailandia). A mitad de camino fue asaltado por piratas chinos o japoneses, razón suficiente para

convencerle de las virtudes de la piratería. Posteriormente llegó a China, pero su barco se hundió durante una tempestad. Es capturado y condenado por las autoridades chinas a un año de trabajos forzados. Terminada la sentencia, Mendes Pinto junto con dos compañeros portugueses suben a un junco chino, con toda seguridad de piratas. Y, como siempre en estas regiones del Mar de China, la voluntad azarosa de los tifones los arrojó en la costa de la isla japonesa de Tanegashima (種子島), al sur de Kyushyu. El cordial recibimiento que el Señor feudal de esta isla dispensó a Mendes Pinto y sus compañeros se debió primordialmente a las proezas que podían realizar con los arcabuces que llevaba.

Pronto, los japoneses no sólo mostraron un entusiasmo inusitado por el novedoso artificio sino que los afamados herreros de Tanegashima —ya famosos por forjar renombrados cuchillos y tijeras desde el siglo XII—, por orden del Señor feudal de la Isla, (種子島時堯) Tanegashima Tokitaka (1528-1579), se pusieron a la obra de copiarlos. Se dice que, en menos de un año estos artesanos mostraron su insólita habilidad logrando unos doce arcabuces de manufactura casera. Pronto, esta nueva arma se convirtió en un elemento decisivo durante las Guerras Civiles (1467-1615) que tenían lugar entre los diferentes Señores feudales de Japón. El éxito fue tan espectacular que, el nombre: *tanegashima* quedó hasta el fin de la Era de Edo como sinónimo de arcabuz. Diez años más tarde, en 1553, Japón tenía más *tanegashima* o arcabuces per capita que ningún otro país. Cincuenta años después, hacia 1600, los armeros japoneses fabricaban uno de los mejores arcabuces. Los Tokugawa mostraron desde el principio su aborrecimiento hacia los *tanegashimas*, ya que además de ser un arma extranjera, su uso implicaba una falta de valor del soldado, favoreciendo el empleo de la espada o *katana*, que enaltecía la bravura y las virtudes batalladoras. Por eso, aún durante la Segunda Guerra Mundial, vemos que los soldados japoneses llevaban en su atuendo la *katana*, aunque era ya un instrumento

PRIMEROS ENCUENTROS ENTRE ESPAÑA Y JAPÓN

más símbolo de la bizarria que útil. El éxito de la producción de arcabuces japoneses o *tanegashimas* debió de haber revelado a los europeos la condición excepcional de este pueblo. En todo su periplo por Asia, los portugueses no se encontraron con hindúes, indochinos, malayos o chinos que —al cabo de unos pocos años— fabricaran armas parecidas o mejores que las que ellos tenían.

Mendes Pinto, alentado por el éxito de su primera visita a Japón, volvió a realizar un segundo viaje de negocios en 1548. En esta ocasión, cuando estaba por partir de Kagoshima, subió a su barco un fugitivo de la justicia llamado: Anjiro o (ヤジロウ) Yajiro, conocido posteriormente con su nombre cristiano de Paulo de Santa Fé. Parece ser que Pinto se lo presentó a San Francisco Javier en Malaca, quien lo tomó como sirviente y catecúmeno. En este punto las fuentes discrepan, ya que existe otra versión que afirma que fue en el barco del capitán portugués Jorge Álvares —uno de los primeros europeos en hacer un sucinto pero ecuánime informe sobre las costumbres y mentalidad japonesa— en el que Anjiro se fugó de Japón, y que fue Álvares quien lo puso en relación con el futuro Apóstol de las Indias en Malaca. Este hombre de Satsuma, acusado de un crimen, sería fundamental en la labor evangelizadora de Francisco Javier, pues durante su estancia en tierras japonesas, Anjiro no sólo le sirvió de anfitrión e intérprete sino también de cicerone.

Animado por la descripción que Jorge Álvares le hizo de Japón, el futuro Santo concibió la idea de su conversión. En abril del año 1549, acompañado por Anjiro y dos jesuitas españoles: Cosme de Torres y Juan Fernández, se embarcó en Goa con rumbo a Malaca. En esta ciudad tuvieron que transbordar a un junco de comerciantes o piratas chinos, ya que era el único navío disponible durante esta época del año. Finalmente llegaron al puerto de Kagoshima el día 15 de agosto de ese mismo año. La diligencia misionera de Francisco Javier por tierras niponas fue de ardiente ahínco y de entecos frutos. En los 27 meses de estancia en Japón, residió cerca de

un año en Kagoshima; posteriormente se desplazó a Yamaguchi y Hirado —donde fundó una pequeña colectividad cristiana—, emprendió el viaje a Kyoto con la fatua intención de ser recibido por el Emperador, lo cual no logró. En octubre de 1551, después de cosechar unas mil almas para la fe de Cristo, Francisco Javier se alejó de la tierra japonesa con la ilusoria idea de dirigir sus esfuerzos evangélicos a la conversión de China. Dejó como Padre Superior de la nueva misión a su compañero Cosme de Torres, asistido por el hermano Juan Fernández y Anjiro.

La labor del valenciano Cosme de Torres —quien vivió en Japón hasta su muerte en 1570, esto es cerca de 20 años— fue inmensa. Incrementó el número de nuevos conversos de forma constante; creó nuevas misiones con escuelas para enseñar a los niños el catecismo y la lectura; obtuvo del Señor feudal de la región (大村純忠) Omura Sumitada (1533-1587) la concesión del puerto de Yokose-ura para dirigir el comercio con Portugal. Logró la conversión de Omura Sumitada, siendo éste el primer Señor feudal de importancia en convertirse al cristianismo, adoptando el nombre de dom Bartolomeu. Será este Omura quien, en el año 1580, conceda el puerto de Nagasaki en perpetuidad a la Compañía de Jesús.

Llegado a este punto surgen algunas reflexiones. Un hecho que nos sorprende es la celeridad con la que los portugueses se expandieron por Asia. Vasco da Gama llegó a la India en 1498. En el año 1511, Alfonso de Albuquerque tomó al sultán Mahmud Shah la ciudad de Malaca, aunque éste gozaba de la protección china por ser tributario del Emperador. Dos años más tarde, hacia 1513, ya tenían asentamientos comerciales en China. Habían pasado escasamente 15 años, y los portugueses se habían enseñoreado de todo el espacio que va desde el Cabo de Buena Esperanza hasta Macao —que ocuparon efectivamente en 1556—. No obstante, el salto de las costas chinas a las japonesas —distancia mínima e insignificante— les va a llevar desde 1513 hasta 1542, es decir, unos 30 años. Por fuerza nos asombra

PRIMEROS ENCUENTROS ENTRE ESPAÑA Y JAPÓN

esta dilación y tenemos que preguntarnos cuáles fueron las causas. Igualmente significativo es que, el supuesto *descubrimiento* o *apertura* del País del Sol Naciente a los europeos no estuviera en manos de algún personaje de importancia nombrado por la Corona portuguesa como lo fue Vasco da Gama o Albuquerque, sino en las de un comerciante, aventurero y pícaro como Fernão Mendes Pintos, el cual llegó a Tanegashima más por la voluntad azarosa de los vientos y tifones que por la suya propia. Lo mismo puede decirse de los otros tres portugueses que alegaron ser sus primeros descubridores. Todos llegaron sin que tuvieran una clara intención, y no porque les faltara conocimiento de su existencia. Creo francamente que las autoridades portuguesas de Lisboa, Goa y Malaca poseían una minuciosa información concerniente a Japón y su gente, aunque esto no haya quedado en los anales. Debieron saber que era un país pobre, de pocos recursos y, aún más desmoralizador que su misma pobreza, sospecho que fue la noticia de que *estaba poblado por una enorme masa de corderos para sus Señores naturales y auténticos tigres para cualquier extranjero que se acercara a sus costas*. Fue esto y no otra cosa, lo que desalentó cualquier devaneo de *dominio* convencional de Japón, y los convenció de que era más adecuado recurrir a la sutil *posesión espiritual*.

De las tres formas de conquistas que los europeos han usado para adueñarse de nuevas tierras y espacios, es decir: el *Señorío* o la *espada*; la ocupación de tipo *fenicio* o *mercantil*; y, la más moderada en apariencia, aunque no menos efectiva: la *conquista espiritual*; vemos que, tanto portugueses como españoles se decantaron más por la *conquista espiritual* que la *mercantil*, siendo que la única conquista posible con los japoneses era la de tipo *fenicio* o comercial. Y ésta fue la causa principal de su rotundo fracaso. De la posterior política nipona del *Sakoku* (鎖国), de las persecuciones y de los martirios en la cruz y en la hoguera. El relativo éxito de holandeses e ingleses, en su trato con los japoneses, se basó en haber renunciado

a cualquiera frivolidad evangelizadora y haberse ceñido a lo escuetamente comercial y económico.

Otra reflexión que nos suscita estos cien primeros años de contacto entre europeos y japoneses es que, la mera presencia de los herejes holandeses e ingleses en territorio nipón sólo habría dado argumento para una historia corta e insípida de unas cuantas páginas. Sin embargo, el drama, el sufrimiento, el martirio, la crucifixión, la hoguera y el horror de este gran volumen de cien años de conflictivas relaciones la escribieron españoles y portugueses, y los sufridos cristianos japoneses. En el sumario martirologio que va desde 1614 hasta 1650, es decir 36 años, se cuentan 2.128 mártires, de los cuales 71 fueron europeos y el resto japoneses, filipinos y chinos. También es necesario decir que, si los holandeses e ingleses participaron en este drama de dolor y muerte, lo fueron en el papel de incitadores, con el fin de acentuar aún más la vesania de los perseguidores.

Es verdad que los holandeses poseyeron la base de Dejima (出島) durante 212 años, de 1641 a 1853. Una isla artificial a la vez que presidio; de 120 metros de largo por 75 de ancho. Más plataforma de espionaje que de prósperos negocios. Los agentes de los Países Bajos tenían que permanecer allí encerrados y vigilados durante un año, sin posibilidad de pisar el suelo japonés hasta la vuelta anual del siguiente barco. Cuál fue el beneficio que Holanda obtuvo de este supuesto privilegio, es difícil de explicar.

Finalmente es necesario indicar que, los primeros en darle realce y jerarquía intelectual al contacto de Europa con Japón fueron dos jesuitas españoles: Francisco Javier y Cosme de Torres. Luego vinieron otros miembros de la Compañía de Jesús. Principalmente portugueses e italianos que, como el astuto y sagaz Alessandro Valignano (1539-1606) adoptó muchas ideas de la secta budista Zen en cuanto al comportamiento y vestimenta de los sacerdotes. Valignano fue también quien, en el

año 1582, promovió la primera Embajada oficial de japoneses a Europa. La cual fue encabezada por (伊東マンシヨ) Mancio Ito (1570-1612) y tres nobles más. Aunque fue (鹿児島ノベルナルド) Bernardo de Kagoshima —uno de los primero japoneses que San Francisco Javier convirtió al cristianismo— el primero en llegar a Europa.

IV INCREIBLES PERIPECIAS Y ATROZ MARTIRIO DE LUIS SOTELO

Para pintar y dar vida a la personalidad del Beato sevillano fray Luis Sotelo (1574-1624) se necesitaría una pluma mejor que la mía —con el vuelo de un Cervantes o Shakespeare— y también muchos pliegos. Sotelo tiene algo de Don Quijote y Hamlet. Trágico y cómico. Al igual que estos dos grandes personajes de la literatura universal, su trayectoria vital me ha cautivado. Al igual que ellos, Sotelo estaba tan fuertemente encadenado a sus ideas, sueños y quimeras que le fue imposible distinguir qué era lo que soñaba y cuál la realidad. Como todo hombre cuya vida se evade de las garras de lo anodino, la magnitud de sus propósitos y el denuedo por hacerlos realidad fueron sobrehumanos, aunque los frutos nimios y nocivos. Como todo hombre trágico empedró con ilusiones y desvaríos el camino que lo llevaría a la hoguera. La lista de virtudes y defectos del franciscano Luis Sotelo sería desmesurada, si quisiéramos pormenorizarla: comediante, marrullero, pedigüeño, zascandil, intrépido desconocedor del miedo y del espanto, embustero, sagaz y uno de los mayores *Maeses de títeres* que conozco. Fray Luis Sotelo es el autor —no en las sumisas páginas de un libro o con dóciles marionetas de trapo, sino con hombres de carne y hueso— de una de las sagas más notables que se han creado. Él, y solamente él, es el director, guionista y productor de ese *Retablo de las Maravillas Orientales* que conocemos como: *La Misión diplomática del samurai* (支倉六石衛門常長) *Hasekura Rokuemon Tsunenaga* (1571-1622) *a Europa*. Y que este año

celebramos su 400 aniversario con bombos y platillos. Lo celebramos sin que nadie —o muy pocos— quieran recordar a su autor. Sotelo es un personaje molesto tanto para japoneses como españoles. En un mundo tan comedido como en el que ahora vivimos, ¿a quién le interesa exhumar un personaje tan rocambolés como él y que además huele que apesta a suplicio y carne quemada? Mejor lo dejamos muerto y lo sepultamos con tierra de olvido. Yo voy a tratar de revivir algunas de sus peripecias en las pocas páginas tasadas que me concede esta revista.

Ya hemos dicho que fray Luis Sotelo nació en Sevilla en 1574. Un fresco —en la Sala Regia del Palacio del Quirinal en Roma— nos lo presenta hablando con Hasekura y otros japoneses de la Misión diplomática. Rubicundo, tonsurado, de mentón prominente, barba perfilada, nariz fina y ojos penetrantes de encantador de serpientes. Hasekura le escucha con la mejilla apoyada en la palma de la mano y el codo sobre la balaustrada cubierta de tapices como si estuviera hipnotizado.

Después de pasar por México, cuando llegó a Filipinas en 1600, Luis Sotelo tenía sólo 26 años. El destino lo llevó a Dilao (hoy Paco), un distrito de Manila donde anidaban todos los japoneses —cristianos, comerciantes y piratas— que merodeaban por esa zona del Mar de China. Siete años estuvo Sotelo pastoreando las almas japonesas por Dilao, hasta que la sublevación nipona de 1607, protestando contra los impuestos, obligó al gobierno de Manila a expulsar a la mayoría de los japoneses de Filipinas. En estos siete años Sotelo debió de enfermar de amor hacia lo japonés. En 1608, cuando finalmente el Papa Paulo V autorizó a las Órdenes religiosas menores: dominicos, franciscanos y jerónimos la labor de catequesis en Japón —prerrogativa que hasta ese momento sólo había sido patrimonio de la Compañía de Jesús—; fray Luis Sotelo fue uno de los primeros que —lleno de santo embeleso— se embarcó convencido de que con él iba la evangelización y salvación de todos los infieles japoneses. Y esto que Sotelo no ignoraba que, once años antes, el 5 de febrero de

PRIMEROS ENCUENTROS ENTRE ESPAÑA Y JAPÓN

1597, (豊臣秀吉) Toyotomi Hideyoshi (1537-1598) había ordenado crucificar a 26 cristianos en lo alto de una colina de Nagasaki —entre ellos cuatro franciscanos españoles, un mexicano y un hindú—; es decir, a todos los miembros de la primera misión franciscana en suelo japonés.

Desde su llegada a Japón hasta su muerte en la hoguera, Luis Sotelo va a estar presente en todas las jornadas importantes concernientes a los españoles. Ya don Rodrigo de Vivero, en sus relaciones con el Shogun durante los once meses de su forzada estancia en Japón —desde el 30 de septiembre de 1609 en que la nao San Francisco naufragó frente a la ciudad de Onjuku (御宿), en la actual provincia de Chiba, hasta su salida en agosto de 1610 a bordo del San Buenaventura, navio de 100 toneladas construido por el piloto inglés William Adams— tuvo que recurrir repetidas veces a la ayuda de nuestro fraile que, después de siete años tratando con los japoneses de Dilao, debía de hablar el idioma mejor que otros franciscanos aunque nunca al nivel de los jesuitas.

Vivero debió encontrarse por primera vez con Sotelo a finales de 1609 en Neaco (Kyoto). Después de su naufragio, estando prisionero en Onjuku (御宿), fue Adams quien le llevó el salvoconducto que lo liberaría a él y a los otros trescientos naufragos. Cuenta Vivero en su obra *Relación del Japón*: “Habiendo pasado 48 días, vino un piloto inglés, casado allí más de 20 años, a quien el emperador favorecía, y trájome el salvoconducto para salir de aquella prisión...”² Tras un largo viaje, don Rodrigo llegó a Edo donde lo recibió el hijo de Ieyasu: Tokugawa Hidetada y, posteriormente, marchó hasta Shizuoka donde residía Tokugawa Ieyasu. Finalmente se dirigió a Kyoto. “En esta ciudad de Neaco (Kyoto) hay tres monasterios: el de la Compañía, el de Santo Domingo y el de San Francisco... En esta ciudad pasé la víspera de

² Crónicas de América Nº 46, Vivero, R., *Relación del Japón*, Ed. Historia 16, Madrid 1988, p. 174.

Pascua de Navidad... Paré en la casa de San Francisco de los padres Descalzos...³
 Sospecho que aquí Vivero debió de conocer a Sotelo. A partir de este momento, el nombre del franciscano va a aparecer con frecuencia en las páginas de la *Relación*, que Vivero escribió muchos años después, cuando la memoria le iba ya a la deriva. De lo que nos cuenta don Rodrigo, podemos inferir que Tokugawa Ieyasu estaba deslumbrado con la posibilidad del refinamiento de la plata que los españoles empleaban en las minas de Potosí y Tasco, "... así, para estas materias como para las demás de los marineros y minas y de lo que tocaba a los holandeses, (el Shogun) deseaba mi vuelta, y saber si yo quería ir con su nao a la Nueva España de la cual había comenzado a tratar el padre fray Luis Sotelo, de la orden de San Francisco, que fue a llevar unas cartas mías desde Neaco..."⁴ Me da la impresión que Sotelo había comenzado por su cuenta a mover los hilos de esa ficción que fue el proyecto de la: *Nao de Japón*, como un futuro contrapeso al *Galeón de Manila*. Vivero y sus hombres —náufragos y sin un céntimo— no tuvieron otra posibilidad que aceptar la oferta de Tokugawa Ieyasu. Siempre nos será un misterio quién convenció al Shogun de las bondades de establecer esta línea de comercio entre Japón y la Nueva España.

Sabemos que el Shogun tenía a William Adams como su principal asesor en los asuntos relacionados con los extranjeros. Podemos aventurar que quizá Sotelo tuviese cierta amistad o connivencia con el piloto inglés. Aunque esto es poco probable, ya que en 1614, a instancias de Adams, el Shogun decidió expulsar de Japón a los jesuitas. De todas formas, el barco que Tokugawa Ieyasu ofreció a Vivero, para su vuelta a Nueva España, fue el primer barco de estilo europeo que se construyó en Japón, siendo el piloto inglés quien hizo el diseño y dirigió su fábrica. En otra parte, don Rodrigo refiriéndose al acuerdo entre el Shogun y él, dice: "Éstas

³ Ibid, p. 163.

⁴ Ibid, p. 165.

PRIMEROS ENCUENTROS ENTRE ESPAÑA Y JAPÓN

son las Capitulaciones que poco más y menos me acuerdo que llevó el padre Luis Sotelo, las cuales todas concedió el emperador...”⁵ Dichas Capitulaciones fueron fundamentalmente: el establecimiento de una línea de comercio directa entre Japón y Nueva España, la venida de mineros que enseñaran el beneficio de la plata y el oro, la presencia de pilotos y marineros que instruyeran a los japoneses en la navegación en alta mar. Tokugawa Ieyasu, por su parte, concedía a Vivero el barco que Adams acababa de construir y que hasta ese momento no había sido probado en una travesía transpacífica: el San Buenaventura y 4.000 ducados. Acompañaban a Rodrigo de Vivero en su viaje de regreso a la Nueva España, parte de los trescientos náufragos sobrevivientes, el padre franciscano Alonso Muñoz como embajador especial de Tokugawa Ieyasu ante la Corte de Felipe III, y una misión de 23 japoneses encabezada por (田中勝助) Tanaka Shosuke, que serían los primeros japoneses en cruzar el Pacífico y llegar a América.

En agosto del año 1610, cuando el barco San Buenaventura se alejó de Japón, llevándose a Rodrigo de Vivero, Alonso Muñoz y la misión nipona, Sotelo se quedó prosiguiendo su tenaz y testaruda labor evangelizadora. Nada de concreto sabemos de él entre la partida de Vivero y la llegada de la embajada de Sebastián Vizcaino a Japón, el 8 de junio de 1611, momento en el cual el franciscano volvió a recobrar un papel protagonista. Sabemos sí, que Sotelo fundó la primera iglesia católica en la ciudad de Edo, hoy Tokyo; iglesia que fue arrasada en el año 1612 a causa del *Decreto de Expulsión de los Cristianos* dictado por Tokugawa Ieyasu. Este Decreto de Expulsión tuvo su causa principal en la aversión que ya el cristianismo causaba en las autoridades japonesas y también en un complicado asunto de cohecho entre los colaboradores cristianos del Shogun. Pero el espíritu de Sotelo —pletórico de ánimo y arrojo— estaba completamente sordo a la tormenta que ya se cernía sobre la

⁵ Ibid, p. 166.

cabeza de jesuitas, frailes y japoneses cristianos.

Parece que nuestro infatigable Sotelo conoció a quien sería su valedor más importante hasta su partida de Japón, el poderoso Señor de Sendai, (伊達政宗) Date Masamune (1567-1636) en la ciudad de Edo, por la época en que Tokugawa Hidetada recibió en audiencia a Vizcaíno, audiencia de la que fueron intérpretes Sotelo y otros frailes franciscanos. La amistad que surgió entre Luis Sotelo y el Señor de Sendai es difícil de explicar. Ya que la catadura de este fraile *nanban* o *salvaje sureño*, vestido con el miserable y poco solemne hábito de San Francisco no debía exhalar excesiva bravura y dignidad. Sólo me resta suponer que Luis Sotelo poseía ciertas artes secretas que hechizaron y vencieron el ánimo del temible Date Masamune; el *Dragón de un solo ojo* (独眼竜, *dokuganryu*). Guerrero legendario, de fiera fama y terribles represalias, de genio mercurial, tuerto a causa de la viruela cuyo ojo enfermo dicen que él mismo se arrancó, de indómito porte y dorada luna creciente sobre el acerado yelmo negro que ponía espanto en sus enemigos. Uno de los pocos Señores feudales que se atrevió a desobedecer al vengativo y suspicaz Toyotomi Hideyoshi. Se dice también que Date Masamune disfrutaba de la cultura y del trato con los europeos, que confiaba en las bondades del comercio con ellos y tenía cierta inclinación hacia el catolicismo. Todo esto puede ser verdad. Pero incluso todas estas razones no nos explican suficientemente cómo Luis Sotelo pudo llegar a atrapararlo en sus redes hasta conseguir de él todo lo que se propuso, incluso aún teniendo presente la curación que uno de sus compañeros franciscanos, fray Pedro de Burguillos, llevo a cabo con una de sus concubinas.

Pero ahora es necesario que volvamos a Nueva España. La llegada de Vivero con la primera delegación nipona a Acapulco y Ciudad de México, además del colorido orientalista y el revuelo popular que ocasionaron los vistosos ropajes y los exóticos personajes, planteó al adusto virrey don Luis de Velasco y Castilla varios enigmas

PRIMEROS ENCUENTROS ENTRE ESPAÑA Y JAPÓN

de no fácil resolución. En primer lugar cómo devolver el barco San Buenaventura y los 4.000 ducados que Tokugawa Ieyasu le había prestado a su sobrino Vivero. Posibilitar el regreso de la embajada encabezada por Tanaka Shosuke sin concederles absolutamente nada de lo que habían venido a buscar; es decir: los conocimientos de cómo beneficiar la plata y el oro, y el envío de prácticos y pilotos que enseñaran a los japoneses la navegación en alta mar. Se decidió no devolver el San Buenaventura que se tasó en la ridícula suma de 7.000 ducados, algo más de lo que el Shogun había prestado a don Rodrigo como dinero de bolsillo para que preparara el regreso. Como no podía ser de otra forma, el general Sebastián Vizcaíno se embarcó en un galeón español, el San Francisco, explicándole a la delegación japonesa que su barco se hallaba demasiado dañado como para emprender el tornaviaje. Por otra parte, estaba también la necesidad del relevamiento cartográfico de la costa Este de Japón, con el fin de prevenir —en lo posible— futuros naufragios como el acontecido a Vivero. En 1602, Vizcaíno había explorado y cartografiado toda la costa de California. Y como último asunto —no menos espinoso, pero sí mucho más halagüeño y acuciante—, se planteó la urgencia de descubrir las fantasmagóricas islas Rica de Oro y Rica de Plata que se ubicaban en algún lugar impreciso cerca de Japón; y que —como el Dorado, el País de las Amazonas, el Monte Ophir, la Fuente de la Eterna Juventud— promovieron grandes locuras y a veces descubrimientos. Si no tenemos presente el irresistible atractivo de las fabulosas Ricas, no podemos explicarnos la diligencia con que las autoridades virreinales de la Nueva España se pusieron a la obra de organizar la embajada de Sebastián Vizcaíno —quien tuvo el honor de ser el primer embajador en el País del Sol Naciente—. Vizcaíno salió de Acapulco el 22 de marzo de 1611 y regresó ofendido, enfermo y enfadado al mismo puerto el 16 de diciembre de 1613, después de casi 3 años de peripecias. Tenemos una atrayente crónica de las vicisitudes de dicho viaje por tierras japonesas, gracias al cronista de la expedición,

Alonso Gascón de Cardona. Crónica que he hallado en la obra de Juan Gil, *Hidalgos y samurais, España y Japón siglos XVI y XVII*.

El aborrecimiento entre Sotelo y Vizcaíno fue inmediato, mutuo y fulminante. No tenemos espacio para explayarnos en pormenores de las venturas y desventuras de esta misión diplomática. Baste decir que nunca sabremos con certeza, si fue el Señor de Sendai quien concibió la atrevida idea de enviar un barco de su propiedad a Nueva España, o un fantástico plan con el que Sotelo deslumbró a Date Masamune. Me inclino a pensar que fue nuestro fraile quien atrapó la imaginación del Señor de Sendai con su magno programa de presentarse rodeado de una delegación de exóticos japoneses ante la corte de Felipe III y el Papa. El altivo y engolado Sebastián Vizcaíno —muy a su pesar, por haber destrozado el galeón San Francisco en la inútil búsqueda de las Ricas y tener que regresar a Nueva España— tuvo que plegarse a los designios de Luis Sotelo.

Antes de la partida de Sotelo en su magna Embajada junto con Hasekura Tsunenaga, el día 28 de octubre de 1613, ocurrió un hecho que debería haber puesto al franciscano sobre aviso. El 21 de julio de 1613, el Shogun promulgó el decreto de *Prohibición de propagar la fe cristiana*. Nada intimidó a nuestro inflexible fraile que continuó sin inmutarse su andariega evangelización transitando los caminos de Edo a Sendai y viceversa. Esta mezcla de alegre intrepidez e irreflexivo desacato dio con los huesos del franciscano en las mazmorras de Edo unos meses antes de embarcarse hacia Nueva España. Condenado a la hoguera, Sotelo se salvó del suplicio gracias a un milagroso correo de Date Masamune que llegó en último momento pidiendo clemencia al Shogun. Insólitamente Sotelo se salvó de lo que once años más tarde, en 1624, le sería imposible escapar.

El galeón que habría de llevar a Vizcaíno, Sotelo, Hasekura y sus ciento cincuenta japoneses de la misión diplomática a Nueva España fue construido en los astilleros

PRIMEROS ENCUENTROS ENTRE ESPAÑA Y JAPÓN

de Sendai. Al principio recibió el nombre de: *Date Maru*, aunque pasó a la historia con el nombre hispano de: *San Juan Bautista*. Aunque no hay la menor duda de que Date Masamune financió su obra, ignoramos el nombre del ingeniero que estuvo a cargo de la construcción. Los españoles tenían prohibido enseñar la fabricación de barcos a los japoneses. Sin embargo, imagino que la desesperación de Sebastián Vizcaíno y su piloto mayor por escapar de la encerrona japonesa era de tal magnitud que, con el mayor sigilo, accedieron a dirigir su obra. El San Juan Bautista se construyó en el plazo vertiginoso de 45 días, participando en su elaboración 700 herreros y 3.000 carpinteros. Parece que para este momento Luis Sotelo había perdido ya completamente el juicio; sumido en su éxito era ya incapaz de diferenciar lo real de lo quimérico. Nos cuenta el cronista de Sebastián Vizcaíno, antes de finalizar su relato, que: “En todo esto andava el dicho religioso (Sotelo, a quien ha dejado de mencionar con su nombre por el disgusto que suscitaba en todos los españoles), y él despachó el navío y embarcó todos los japoneses que quiso; y se hizo gobernador y capitán d’el...”⁶

El 28 de octubre de 1613, Sotelo vio colmado su sueño. Se dirigía —junto con su obediente amigo Hasekura y sus ciento cincuenta japoneses— lleno de sueños de gloria y delirios a la Corte del monarca más poderoso del mundo: Felipe III, y luego a Roma para ser recibido por el sucesor de Cristo: Paulo V. Ninguno de los japoneses tenía el don de la palabra, Sotelo sí. Sotelo no sólo tenía el don del castellano, del latín y el chapurreo del japonés, sino también el arte de embaucar y de solicitar lo que los japoneses no podían pedir. Luis Sotelo no fue solamente dueño de sus voces, sino también de sus conciencias, de sus voluntades y de sus ideas. Sin el fraile, todo el séquito de Hasekura era como niños perdidos en un mundo oscuro y enigmático.

⁶ Gil, J. *Hidalgos y samurais España y Japón en los siglos XVI y XVII*, Ed. Alianza Universidad, Madrid 1991, p. 383.

Temerosos y asustados. Más asustados que los turistas japoneses que hoy día llegan por primera vez a otros países. Sotelo acababa de montar el *Gran Retablo de las Maravillas Orientales*, y no lo desmontaría hasta que las circunstancias, el agotamiento, la indiferencia y la desmesura del tiempo que llevaba mostrándolo terminara por aburrir a todos. Algún día del año 1620 —Hasekura y él habían estado inseparablemente juntos más de seis años—, en el puerto de Manila o Cavite, Sotelo y el Embajador se despidieron para no verse nunca más. Quizá durante los dos años que Sotelo aguardó el suplicio de la hoguera en las mazmorras de Nagasaki, esperara ver entrar por la puerta a su amigo Hasekura, por otro nombre: Felipe Francisco de Fachicura trayéndole la cédula con el perdón que Date Masamune había logrado del Shogun. Aunque el Señor de Sendai vivió hasta 1638, Sotelo no supo que el 7 de agosto de 1622, —el mismo año que él, desoyendo todos los sensatos consejos que le advertían de no regresar a Japón, arribó clandestinamente en un junco chino— su amigo Hasekura había muerto. Y que Date Masamune debía pasearse por su castillo de Sendai sintiendo hervir su indómito espíritu ante el robo y el engaño en que le había hecho caer el harapiento fraile descalzo.

El 25 de enero de 1614 llegaron al puerto de Acapulco. Poco después entraron triunfalmente en la Ciudad de México. La colorida comitiva fue festejada con banquetes y fiestas, corridas de toros y juego de cañas, misas y procesiones, que debieron dejar a los adustos japoneses petrificados y boquiabiertos pensando para sus adentros cuándo era que se trabajaba. El continuo pedir y gastar de Sotelo llegó a cansar a las autoridades virreinales. El 10 de junio de 1614, el fraile y su Embajada de sólo diecinueve japoneses —unos ciento treinta habían quedado entre Acapulco y Ciudad de México— partió del puerto de Veracruz hacia La Habana. Supongo que muchos de los que fueron a despedirles, suspiraron aliviados y con los pañuelos que flotaban en el aire se secaron el sudor de la frente al verles alejarse. El 3 de agosto de

PRIMEROS ENCUENTROS ENTRE ESPAÑA Y JAPÓN

este mismo año, Sotelo y la Embajada salió de La Habana hacia España en la flota del almirante don Antonio de Oquendo. El 5 de octubre de 1614 —hacia casi un año que habían salido de Sendai— la exótica comitiva de Date Masamune dirigida por el Maese del Retablo arribó a Sanlúcar de Barrameda. El miércoles 23 de octubre de 1614, Sotelo entró triunfalmente en la ciudad que lo había visto nacer después de catorce años de ausencia.

El fraile pertenecía a una noble familia sevillana, aunque por línea paterna descendía de conversos extremeños. Aún así, su abuelo Diego Caballero fue mariscal de la Isla Española. La Ciudad sevillana se volcó en exaltados agasajos, misas y revuelos de campanas. Hasekura y su séquito fueron alojados en los Reales Alcázares. Sevilla agotó gran parte de su erario —que ya estaba harto exhausto— en festejar y obsequiar a los recién llegados. El 25 de noviembre de 1614 partieron de la Ciudad hispalense, supongo dejando tras de sí la misma sensación de alivio económico. Llegaron a Madrid el 20 de diciembre. El recibimiento fue más cauto y precavido. Hasekura, su comitiva y Sotelo ya no fueron alojados en palacios ni alcázares, sino en las modestas celdas del monasterio de San Francisco, donde al Embajador le robaron la o las *katanas* que llevaba consigo, cosa que no era de extrañar al haber llegado a la Meca de la picaresca. Ocho meses pasaron en la capital del Reino, esperando el salvoconducto y el dinero que les permitiera viajar a Roma. Durante este tiempo, Sotelo usó y abusó del verbo *pedir* y sus sinónimos en todas sus formas, de tal manera que terminó por cansar incluso a Felipe III, que era conocido como: *El Piadoso*. El 30 de enero de 1615, Hasekura fue recibido por el Rey con el boato y la magnificencia que la situación requería. El 17 de febrero fue bautizado teniendo como padrino al Duque de Lerma. Después de muchos tira y afloja, Luis Sotelo obtuvo 4.000 ducados de las arcas reales y la autorización que les permitía viajar a la Ciudad Eterna. El 22 de agosto de 1615 salieron de Madrid

hacia Barcelona. A principios de octubre se embarcaron en esta Ciudad y, a causa de una tormenta, tuvieron que hacer puerto en Saint Tropez, donde la nobleza francesa —tan inclinada a lo exótico— celebró y regaló a la Delegación japonesa. Llegaron a Génova. Y de este puerto volvieron a embarcarse hacia Cività Vecchia. Ya en Roma, el revuelo ante la insólita presencia oriental puso en ebullición al pueblo y a la Curia. Conjeturo que Luis Sotelo, al ver cumplirse su ansiado ensueño de entrar gloriosamente en Roma, debió sentir el mismo deleite que Sancho cuando supo que había sido nombrado gobernador de la Ínsula Barataria. Presumo también que, para ese momento Hasekura Tsunenaga y su séquito, sin entender el propósito y el fin de todo aquel tinglado y enredo, debían de estar hartos y asqueados. Aunque cabe la posibilidad de pensar que, nuestro mago Sotelo no sólo les hacía hablar como él quería que hablaran, sino también pensar y sentir como él pensaba y sentía. Y ellos, siendo el centro de atención de todos, se hallaban felices de ser sus dóciles marionetas. La audiencia papal se llevó a cabo el día 3 de noviembre de 1615. Luis Sotelo fue nombrado Obispo. Hasekura fue pintado por el francés Claude Derut y también en un fresco del Palacio del Quirinal que nos lo muestra junto a Sotelo, obras que los inmortalizarían para siempre. Así mismo, sobre su periplo se publicaron dos libros, uno del italiano Scipione Amati y otro el del francés Abraham Savgrain. Ciertamente, Luis Sotelo, como buen Maese del Retablo de las Maravillas, siempre trató de quedar en la sombra y dejó que sus japoneses fueran el centro de la atención de todos.

El retorno no sería tan esplendente. Había comenzado el año 1616 y desde Génova, Sotelo informó a Felipe III que Hasekura había enfermado, para lo cual pidió ayuda. Cuando el 8 de abril, Sotelo y la Embajada se acercaban a Madrid, el Consejo de Indias dio orden de que pasaran sin detenerse en la Villa y Corte. Llegaron a Sevilla a finales de abril de 1616, pero ya sin el boato ni la pompa con la que habían

PRIMEROS ENCUENTROS ENTRE ESPAÑA Y JAPÓN

sido recibidos a su llegada. Más de un año pasó Sotelo elevando memoriales y pidiendo caridad a diestro y siniestro sin que nadie estuviera dispuesto a atender sus requerimientos. Entre tanto, Hasekura era testigo impotente del naufragio de su comitiva. Ante la carencia de recursos, los altivos *samurais* tuvieron que tomar humildes oficios de lacayos y sirvientes en casas de nobles sevillanos. Sotelo, a pesar de su reluciente dignidad obispal, se había convertido en el hazmerreír de todos. Muchos empezaron a acusarle de que era un farsante de marca mayor y la zarandeada Embajada una farándula de su invención. El gran mago —que había sido hasta entonces— se encontró de pronto reducido a un inepto aprendiz de brujo antes cuyos conjuros nada obedecía, a no ser sus sumisos japoneses que dependían de él como del aire que respiraban. Los casi catorce meses que Sotelo y Hasekura pasaron en Sevilla debieron malvivir gracias a la ayuda de su familia y la limosna de los franciscanos.

El 4 de julio de 1617, el escribano de la Casa de Contratación de Sevilla registró que: “...el padre Sotelo, que iba en compañía del embajador de Japón y cinco criados suyos asimismo japoneses...”⁷ se embarcó para Nueva España. El dinero no alcanzó para que todos emprendieran el éxodo. Y algunos tuvieron que quedarse esperando que la fortuna les facilitara el regreso a su patria. Se quedaron esperando en una ciudad, al sur de Sevilla y a la vera del Guadalquivir, llamada: Coria del Río. Y allí han aguardado hasta el día de hoy, en que el apellido: *Japón* —en más de trescientas almas— se ha convertido en testimonio de su orfandad. Después de llegar a Veracruz, las autoridades de Nueva España trataron de desembarazarse lo antes posible de ellos. Así, a principios de 1618, Sotelo, Hasekura y sus cinco compañeros se embarcaron en Acapulco hacia Filipinas.

En 1619 los encontramos ya en Filipinas. Ese año fracasa su intento de llegar a

⁷ Ibid, 420.

Japón a causa del bloqueo del puerto de Manila por los piratas holandeses. Sotelo ha perdido ya la brújula, y nada de lo que oye ni ve le permite evaluar el peligro. Está obsesionado por cumplir sus deberes de obispo en Japón, como antes lo estuvo con llevar hasta Roma la Embajada de Date Masamune. Así nos lo revela la última carta que envió al Papa Paulo V, desde la mazmorra de Omura, pocos meses antes de morir.

El año 1620 Sotelo intentó embarcarse junto con Hasekura pero, en el momento que estaba por hacerlo, llegó imprevistamente una carta del jesuita Diego Valente —que residía en Macao— reclamando a las autoridades de Manila que él era el verdadero obispo de Japón y no el franciscano. Luis Sotelo se defendió diciendo que Diego Valente ni había pisado Japón, ni hablaba japonés, ni había sido embajador, ni gozaba del favor de ningún príncipe por lo que no tenía ningún derecho a reclamar la jerarquía obispal. Al gobernador de Filipinas, Sotelo no debía caerle en gracia ni gracioso, porque para zanjar la controversia, ordenó que lo encarcelaran. Hasekura Tsunenaga había podido finalmente regresar a su país. Un año Sotelo merodeó solo por Manila, tramando cómo llegar al Japón de sus quimeras con el objeto de descabezar a gigantes infieles, enderezar tuertos y corregir entuertos.

En 1621 bajo pretexto de acompañar al obispo de Nueva Segovia, Sotelo se escapó de Manila. En secreto, con sus manos y por su cuenta construyó, como él nos cuenta: *una navichuela* en la que pretendió realizar el azaroso viaje entre Filipinas y Sendai. Nuevamente se entera el gobernador de su disparatado propósito, y ya sea porque está hastiado de la rebeldía del fraile —o porque intuye que Sotelo va en busca de su perdición y tiene compasión de él— se incauta de la *navichuela*, le hace volver a Manila y lo vuelve a meter en la cárcel.

Al año siguiente, en 1622, otra vez libre se desplazó hasta Nueva Segovia, donde convenció al obispo de esta demarcación para que hiciera la vista gorda. Desde aquí se embarcó en un junco de comerciantes chinos infieles que iban a Japón. A

PRIMEROS ENCUENTROS ENTRE ESPAÑA Y JAPÓN

mitad del camino, los mercaderes descubrieron que Sotelo y sus compañeros eran frailes. Conscientes de que los iban a crucificar a todos, decidieron echarlos por la borda. Una feroz tormenta impidió que llevaran a cabo tan caritativo propósito. Cuando el tifón amenguó, los chinos estaban con la indeseada carga en las costas de Nagasaki. Era ya tarde para echarlos al mar. Así que decidieron entregarlos al juez que el Shogun había puesto en la Ciudad para castigar a sacerdotes y desenmascarar criptocristianos. Ante su verdugo, Sotelo le explicó que él era el embajador del terrible Señor de Sendai, Date Masamune. El juez lo debió contemplar con sorna, porque sabía muy bien quién era Sotelo. No solamente por los espías que el Shogun tenía en Manila, sino también por Hasekura que a su regreso había sido minuciosamente interrogado. Así se lo dió a entender antes de arrojarlo al calabozo, que no hacía tal cosa por ser Sotelo embajador sino por ser fraile.

Dos años lo pasearon por las mazmorras de Nagasaki y Omura, hasta un día de 1624. Durante ese tiempo no llegó ningún emisario de Date Masamune pidiendo para él clemencia, como había ocurrido en 1613. Día tras día aguardó en vano el milagro que lo habría de salvar. En vano esperó la carta del fiero Señor de Sendai, *otrora tan amigo*. El cronista de Sebastián Vizcaíno, Alonso Gascón nos cuenta la entrevista con Date Masamune en 1612: “Y como a las tres de la tarde fuimos a su cassa, y en ella regaló al general (Vizcaíno), y al padre fray Luis Sotelo con tanto amor, que no se puede decir del respeto reverencia que mostró tenerle, que hasta darle de comer con su mano... y le dijo que, pues eran amigos y lo avian de ser siempre...”⁸

Sotelo murió en el suplicio de la hoguera algún día del año 1624. Fue quemado con paja y no con leña seca, tardando más de cuatro horas en expirar.

⁸ Ibid, 366.